

El bastón del diablo

Campos Reina

Alfaguara. Madrid, 1996. 288 páginas, 2.200 pesetas

«**E**L bastón del diablo» es la tercera novela del cordobés Juan Campos Reina (Puente Genil, 1946). Con las dos anteriores más un libro de relatos el autor había trazado un proyecto literario en dos direcciones. De un lado, los «Cuadernos surrealistas», comenzados con «Santepar» (1988), su primera novela, y continuados en los cuentos de «Tango rojo» (1992). Las narraciones publicadas de esta serie son de raigambre profundamente española, con una visión que se aprovecha de la pintura negra, el romance de ciego y los espejos deformantes. Del otro lado, «Un desierto de seda» (1990), segunda novela del autor, se presentaba como la primera entrega de un «Cuarteto de la decadencia», con una ambientación de raíces andaluzas y europeas centrada en una familia de abuelo venida a menos a principios de siglo y cuyos últimos descendientes se recluyen en la provinciana mansión familiar cerca de Sevilla después de accidentadas andaduras por Oriente y Occidente.

De este «Cuarteto...» no se han publicado más novelas hasta la fecha, aunque, en algún momento el autor llegó a anunciar la conclusión de una segunda entrega. Desconozco lo que haya podido ocurrir con ella. ¿Dificultades para su publicación? ¿Abandono o modificación del proyecto originario? Lo cierto es que «El bastón del diablo» ensancha los límites de aquella historia familiar, recoge su irremediable descomposición en el mismo espacio andaluz con los últimos vestigios de su esplendor, sus jardines y sus libros. Pero se ha producido un cambio fundamental en el estilo. Del refinamiento veneciano y la orgía de sensaciones propiciada por la naturaleza y el arte en la descripción de aquel ambiente sofisticado se ha pasado ahora a un estilo menos brillante y más ajustado, una prosa depurada de fulgores retóricos que, sin perder la elegancia de su textura, resulta de indudable eficacia narrativa.

«Es ésta una buena novela, que integra con acierto la dimensión individual de la historia en diferentes ramas de una saga familiar y su alcance colectivo en crónica de la España del siglo XX»

En «Un desierto de seda» la historia de la familia Maruján se concentraba en torno al «verano de 1915», con referencias a momentos anteriores y posteriores, desde la evocación de José Flor Maruján, testigo ya viejo de aquella crisis familiar de antaño. «El bastón del diablo» encauza la peripecia de los miembros de la familia por los violentos derroteros de la historia de España entre 1915 y 1936. Su comienzo «in medias res» lo pone de relieve con toda claridad: «Cuando Joaquín Maruján supo que, de madrugada, iban a darle "el paseo", al caer la

tarde pidió que José Heredia, su cuñado, le trajera a la prisión una lata de jalea de membrillo y la cuchara de plata que su madre, de niño, le había regalado» (pág. 11). Con la resonancia del principio de «Cien años de soledad» al fondo, por la situación del personaje ante su ejecución y por la evocación de la infancia en el recuerdo de algún motivo muy señalado, en tan destacada anticipación la novela se centra en el trágico destino de aquella familia en la guerra civil, a la vez que con dicha prolepsis se articula la composición circular del discurso. Pues, casi al final, se producirá la visita de José a su cu-



ñado con la jalea de membrillo y la cuchara que éste le había pedido.

Entre tan dramático comienzo y el anunciado final se desarrolla una trágica historia de amor y muerte. La desgracia y el fatalismo ensombrecen el destino de los Maruján en las personas de dos hermanos cuya actuación política acaba por situar a cada cual en uno de los dos bandos enfrentados en la guerra civil de 1936. Al mismo tiempo, la experiencia amorosa vivida por el maduro mayordomo beneficiado por la herencia de un Maruján calavera que dilapidó su fortuna por media Europa como un precursor de la «Belle Époque» y una sobrina de éste, amantes ambos de la vida tranquila y retirada, parece indicar que semejante proyecto de existencia no tiene ya cabida para su realización en un tiempo y en un país azotados por la incompreensión, el odio y la violencia, por más que en este caso la muerte de ella se deba a un accidente ajeno a toda confrontación familiar o ideológica. De este modo, con tan diversos materiales dispuestos en convergencia o en contraste, Campos Reina ha logrado construir una buena novela, integrando con acierto la dimensión individual de esta historia en diferentes ramas de una saga familiar y su alcance colectivo en la crónica social, ideológica y política de un período turbulento en la España del siglo XX.

Carpe diem

Bruno Francés

Premio Ateneo Joven de Sevilla 1996.
Algaída. 197 páginas, 2.200 pesetas

UNA primera novela de ambicioso argumento y de intrigas insospechadas marca el comienzo de una carrera que en su salida ya ha recibido el premio Ateneo Joven de Sevilla. Su autor es Bruno Francés (Alicante, 1971), una personalidad original que se nutre del estudio de la Filología Hispánica y de la práctica de la creación poética y la composición musical. «Carpe diem» es su primera gran historia: un proyecto que empieza actualizando el significado de aquel lema adoptado por la España renacentista para afianzarse en la necesidad de «aprovechar el momento» y convertir la experiencia personal en autoridad suprema, y acaba absorbido por una avalancha de sucesos que pelean por recordar su vinculación con el plan inicial. Ésa es la impresión que domina: la de estar asistiendo a una trama inteligente, bien urdida y sometida a los designios de un narrador seguro de las intenciones de su maquiavélico «juego». Después empiezan los imprevistos, y al abrigo de esa historia acuden demasiados frentes de interés; entonces el relato se dispara en un enredo que vuelve ambiguas sus pretensiones y lesiona las expectativas puestas en él. Lo cual no impide disfrutar del potencial imaginativo que anima el «espectáculo carnavalesco» al que acabamos asistiendo.

Se trata, por tanto, de un «juego», y a él acuden con estricta puntualidad cuatro jóvenes. De uno de ellos —de ese narrador llamado Martín— es la idea de titularlo «Carpe diem» y de darle el contenido de un ritual cuyas leyes deben acatar todos si están seguros del deseo de ser dueños de sus destinos. Lo tiene todo calculado: será la fórmula que demuestre su atrevida interpretación de cómo aprovechar mejor el tiempo y el mejor ajuste de cuentas que rinda su generación a las expectativas de los mayores. Una manera de vengarse del pasado y del presente suspendiendo la posibilidad del futuro. ¿Cómo? Decidiendo el «último instante». Eso explica la escena con la que arranca el libro: cuatro veinteañeros encerrados en una buhardilla «alrededor de un arma cargada». Pero no ha de parecer un suicidio colectivo, argumenta una de sus reglas, y para ello cada uno ha de dejar firmado un escrito, no con las razones por las que muere, sino con los motivos por los que la vida ha valido la pena. Un sorteo será el que decida el orden de desaparición, y cuando les toque leerán lo escrito antes de dar el último paso.

Frente al folio cada uno se mueve por su memoria. Escribir su destino es algo insólito y es natural que se desate el jaleo emocional del que tenemos constancia por las confidencias de Martín. Y eso no es más que el principio de la avalancha de reveses que prepara la larga noche del «carpe diem». Un tiempo intenso, entrecortado por las riendas de una conversación que irrumpe con un relato que tuvo lugar en otro tiempo. Algo ajeno al móvil que allí les reúne, algo sobre «una herencia», una muerte poco clara, una historia de amor que salió mal... y un plan que sí parece buscar un ajuste de cuentas, aunque ahora es otra la excusa que lo propicia. Y otro el final de este recuento de tensiones. Algo del todo inesperado. ¡Nos tenía engañados! ¡Consigue sorprendernos!

Ángel BASANTA

Pilar CASTRO